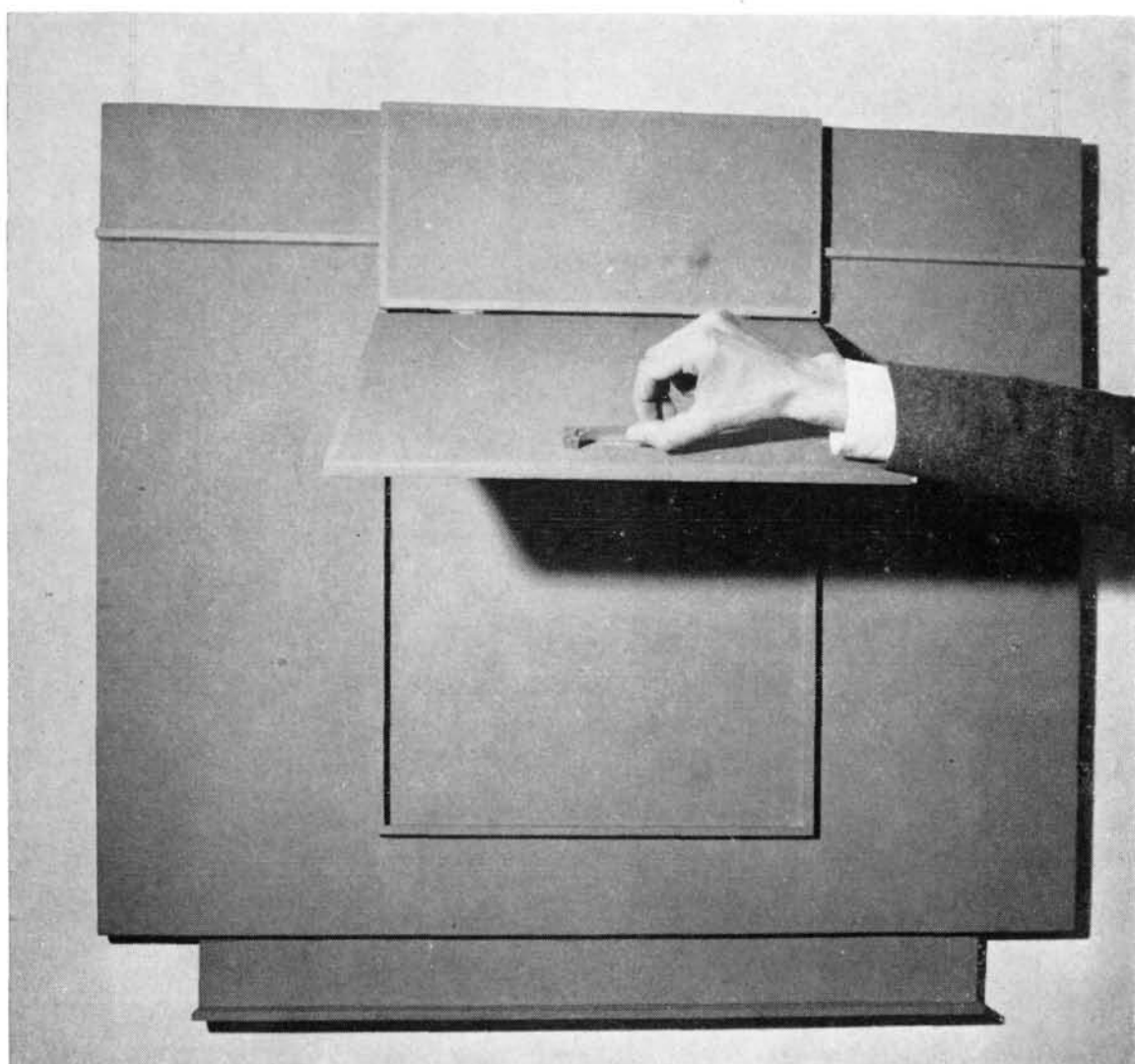
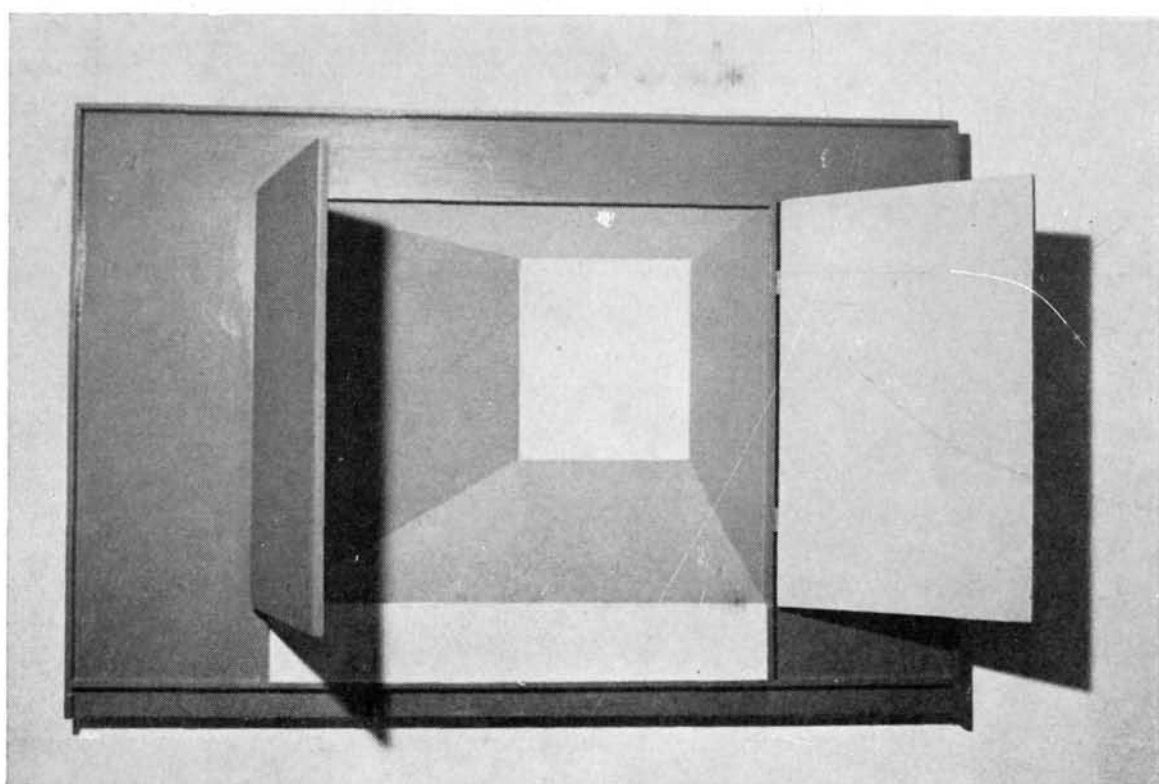


TEXEIDOR: *Dos formas atrayéndose*



TEXEIDOR: *Posibilidad en el rojo*



TEXEIDOR: *Gris que se abre*

Por todas estas razones las expresiones «generación», «generaciones actuales» y «nuestra generación» provocan en ocasiones en arte y en literatura una extraordinaria y a veces inmerecida desconfianza, razón por la cual salir a la luz pública, presentar un grupo artístico y definir su labor desde la común afirmación generacional es una prueba de valor realmente importante, evidenciando una firmeza de propósitos superior a la normal.

Todo esto sirve para dar noticia al lector de un movimiento importante que se está desarrollando en el nada pacífico ambiente artístico madrileño, con ramificaciones en casi toda España. La llamada «nueva generación», grupo definido por su insobornable vocación vanguardista, aglutinado en torno a una de las figuras más interesantes del arte español de actualidad, Juan Antonio Aguirre, y que, por ahora, tiene su sede en la galería madrileña «Edurne», palabra que convoca en torno de la tarea la belleza y la blanca simplicidad de la nieve. Está compuesto por un grupo de pintores, o al menos reunió, en su primera salida los nombres de Yturralde, García Ramos, Teixidor, Luis Gordillo, Julián Gil, Jordi Gali, Barbadillo, Elena Asins, Anzo, Alesance y el propio Juan Antonio Aguirre, realmente cabeza intelectual del conjunto y autor de sus bases conceptuales.

Lógicamente, por muchas salvedades que tengan que hacerse a este grupo de vanguardia al que posteriormente se han incorporado Lola Bosshard, Gerardo Delgado y Pére Pages, lo primero que surge al tomar conciencia de él es el recuerdo de otros dos grupos anteriores, el catalán «Dau-al-Set» de Tapiés, Guinovart y Tharrats, y el madrileño «El Paso», origen igualmente de una vibrante renovación de la plástica contemporánea.

Siguiendo los lineamientos que Aguirre establece acerca de las bases conceptuales de esta nueva generación y valorando la obra de algunos de los artistas que la forman, cabe destacar en primer lugar, antes incluso que su profunda y decidida vocación revolucionaria, su carácter acusadamente intelectual. Encuadrados en el mundo contemporáneo, en el que, por una parte, la aceptación de las categorías mentales tradicionales y, por otra, la introducción de nuevos elementos de origen no reflexivo amenazan con alejar del arte la actitud intelectual, esta nueva generación subraya con serena simplicidad su planteamiento intelectual de la existencia y de la creación artística. Si es cierto que no existe nada en la inteligencia que no haya sido recibido por los sentidos, tampoco puede ofrecerse a la sensibilidad del espectador algo que no haya sido meditado y maduramente pensado.

Una de las cosas que sorprende más gratamente en este grupo es el juego de la paradoja; en los dos grupos anteriores, la creación artís-

tica estaba presidida por un acentuado intento de deshumanizar para renovar. Había que investigar en el material pictórico, que convertir en objetivo artístico, incluso los elementos accidentales, como son las manchas, el intento de renovación producía en ocasiones un arte prácticamente sin apoyatura humana.

Por el contrario, en los trabajos de la nueva generación, el efecto es más espontáneo, más inmediato. El observador difícilmente escapa a su extraordinario impacto, todos estos artistas deshumanizan acelerada y precipitadamente, para inmediatamente volver con análoga premura a humanizar el objeto artístico, arrancan al arte del hombre para devolvérselo inmediatamente apenas pasado por el alambique de la inteligencia. Este proceso se advierte con gran claridad en uno de los artistas más jóvenes de este grupo que se define por su acentuada juventud, Jorge Teixidor, nacido en Valencia en 1941, y que desde hace algo más de dos años viene caracterizándose en el empleo de un sistema de expresión artística extraordinariamente sugestivo: las puertas. El concepto tradicional del cuadro, el espacio pictórico que abre una visión sobre una realidad distinta o incluso sobre una suprarrealidad viene así sustituido por un objeto lleno de tentadora novedad, por un cuadro sobre el que existe una posibilidad de apertura, que al facilitar al espectador un reencuentro con sus emociones, con su incertidumbre; y quién sabe si con la esperanza, hace posible un nuevo encuentro del hombre con el hombre.

Estas puertas de Teixidor, que lógicamente no tienen otra utilidad que la de incitar al espectador, que provocar una participación, que compromete al público, no ya en un mero diálogo intelectual ni en una empresa de comprensión, sino en un dato inmediato activo, en la respuesta a una invitación que todavía no puede ser un reto, ofrecen unas posibilidades artísticas de indudable interés y de incalculable importancia. El objeto artístico de esta forma acelerada, que es característica en el conducirse del arte de la «Nueva generación», se eleva en realidad a la calidad de auténtico símbolo, nivel de esperanza en una era como la nuestra que se caracteriza por la despiadada mecánica de la desesperación.

Muchas otras son las sugerencias de este grupo que por su diferencia entre unos y otros artistas, evidente incluso en los más elementales sistemas de trabajo, se hace difícil caracterizar como tal. En ellos el arte adquiere una gran variedad de funciones y de dimensiones, tanto en su vertiente de conformador de un ambiente como en sus posibilidades de reflejo de una realidad sobrehumanizada y exaltadamente humana como en la búsqueda apasionada y apasionante de una estética diferente mediante procedimientos diferentes. Estos artistas tras-

pasan una y otra vez las fronteras tradicionales del arte; hacen del cuadro un objeto, aproximan de modo indefinible la escultura a la pintura, y una y otra a los más desusados procedimientos narrativos. Pero, en todo caso, aun en los colores más disonantes, en sus experiencias más audaces, hay en ellos una presencia del hombre, una atención por el hombre que ennoblece su tarea y que los hace realmente actuales, puesto que contra lo que puedan creer equivocados intérpretes y administradores de los valores tradicionales, no hay nada realmente actual que no participe de lo eterno. No existe arte de vanguardia que olvide clavar sus raíces en los factores más firmes y profundos, en la inteligencia, en la esperanza y en el corazón del hombre.—RAÚL CHÁVARRI (*Instituto de Cultura Hispánica. MADRID*).